

DIEGO
HERRERA
GARCIA



*Canción de amores y
demonios en la
Cárcel de Sangonera*



ÍNDICE

	pp.
A modo de prólogo	4-5
I	6-17
II	17-21
III	22-28
IV	29-33
V	33-34
VI	34-38
VII	38-43
VIII	43-48
IX	48-50
X	50-56
XI	56-65

Sangonera La Verde (Murcia)
Marzo de 2010

A modo de prólogo

Pasa del centenar el número de internos que atraviesan la puerta del Aula Autosuficiente cada curso escolar. Un mes, dos meses, seis meses... buceando como peces en singular reeducación, tras un traslado desaparecen, para volver a tocar en la puerta al cabo de otros meses.

Uno de los cofrades de esta curiosa procesión responde al nombre de Diego Herrera, suya es esta oscura canción que prologamos ahora de esta manera.

En el tedioso discurrir de monótonas lecciones de Gramática, una agresión semántica acabó abriendo esta herida lírica. El libro, que palpita al terminar la página siguiente, es el efecto de la hemorragia poética producida por la herida precedente.

Obra de sombra, vislumbrada bajo un sol de penumbra, rumiada con extrañeza entre el sobresalto y el estupor, esbozada en febriles ediciones camino de no se sabe qué perfección, y ejecutada con la ternura de una entraña que arroja su mejor presente al exterior.

El balance final es decisión soberana de cada lector. No será excusa que ésta sea la primera obra de su autor. De lo que aquí se dice él da fe, como hombre enjaulado es un documentado testigo de excepción.

Sólo me resta decir, antes de dejar paso al escritor, que causa perplejidad, -y no poca satisfacción-, comprobar como un Centro Penitenciario, -institución total de represora vocación-, hace una ajustada lectura del artículo 25 de la Constitución, y en un gesto de belleza impropia de esta institución- utiliza poesía como argamasa para edificar su reinserción.

Pascual Velázquez
(maestro de escuela)

Canción de amores y demonios en la Cárcel de Sangonera

Centro Penitenciario de Murcia

Esta humilde obra se la dedico a mi madre, que tanto quiero, a mis hijos, Felipe, Juan David y Diego, a mi hermosa esposa, Luz Ángela, y muy especialmente a mi maravillosa hermana Consuelo Herrera.

I

Sólo encontré rostros desabridos
purgando doble condena,
con sus ojos ávidos
y su alma en pena,
que se ponen pávidos
cuando la voz del guardián suena.

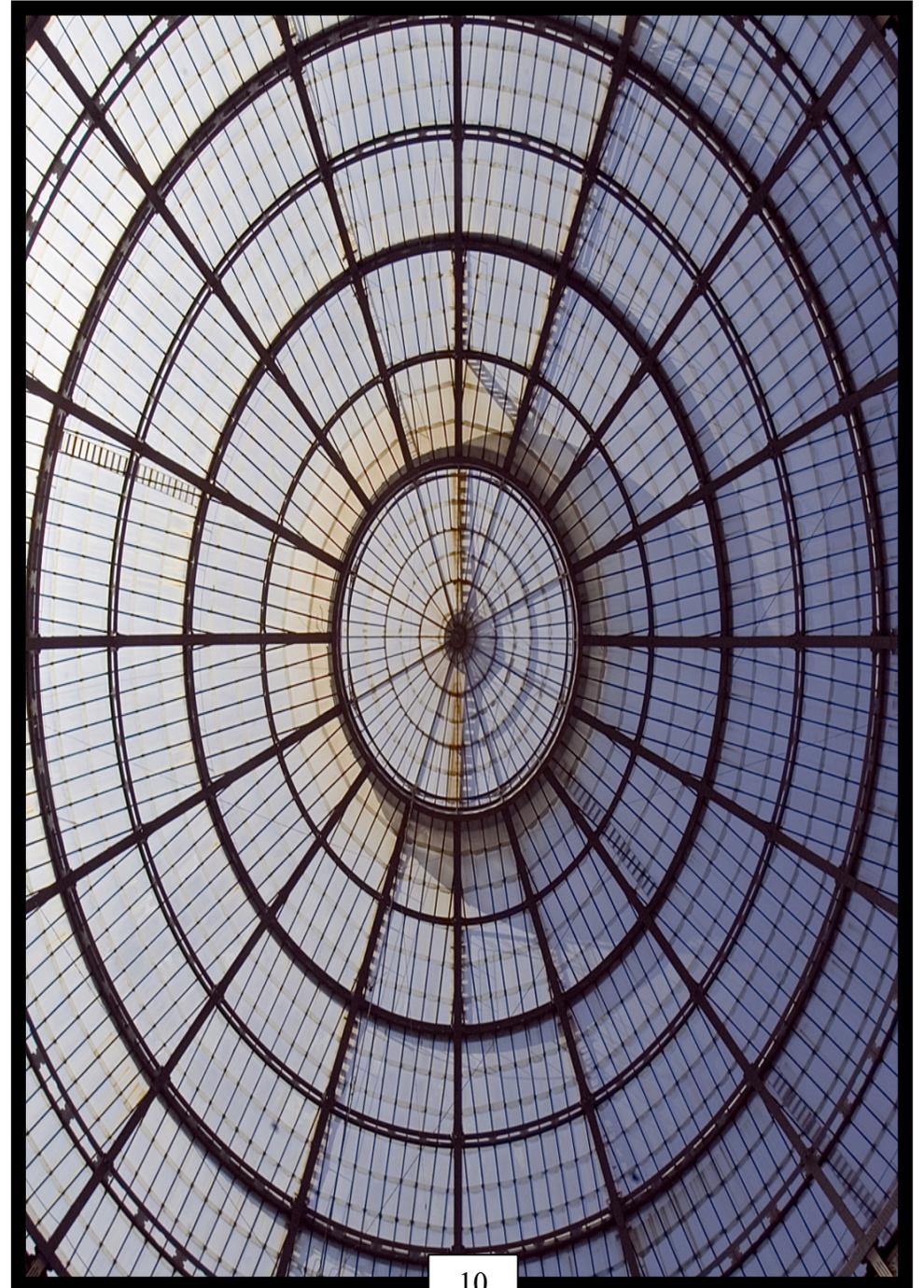
Caminan en círculo
contrariando el reloj
que, en sutil vacilo,
profundo celo
y en vilo,
hunde como negro velo.

Marchan uniforme.
Tenebroso velorio.
El muerto curvado y deforme,
pagando en purgatorio,
custodiado por demonios en uniforme,
con miradas de color odio.

Sueños truncados
de amores eternos,
de raíz cortados,
con fuego de los infiernos,
dejando de ser eternos
por ley de ajenos.

Busqué en sus caras
egoísta alivio,
midiendo en varas
su enorme atavío,
como el que se compara
con el más sabio.

Volviéndome iluso
Como todos ellos.
Sentimiento del recluso
que sueña con hermosos cabellos
de su amada en desuso
y sus sueños bellos.



Encontré en todos
y en cada uno
fuerte aura que, en destellos,
cantaba al unísono,
como en plebeyos
se convirtieron por su abandono.

Hablaban de amores,
en susurros,
con temores de
que escuchen los burros,
y con burla de que los tambores
traspasen los gruesos muros.

Descubrí muchos sentimientos,
todos con historia propia
y, como principal elemento
el amor, cubierto de melancolía.
Me impresioné por un momento
al contemplar tal elegía

Quise escuchar sus corazones
para encontrar alivio.
Vi muchas traiciones
en su turbio río,
ensañadas con vejaciones,
sin dolor, sólo vacío.

Busqué desahogo
donde hay mar profundo,
eterno fuego,
perdido mundo,
perdido ego
y un dolor inmundo.

Llegó la noche,
fue la primera.
Dormí lleno del reproche
que hace la primavera
al invierno fanteche,
por su larga espera
de la flor heredera.

Noche larga y silenciosa.
Repasé en desorden una vida,
del tallo pasé a la rosa,
de rosa a raíz convertida,
y a la semilla, de última
en mi resta quedó perdida.

Esperé el día
en cruel insomnio,
sintiendo cómo me oprimían
los predios del demonio.
Desvalido, casi en agonía,
y tan ausente de mi bello idilio.

Dormí con mente abierta,
ojos cerrados,
mirada atenta,
secreto de párpados
con que la mente tienta
a los enemigos despiadados.

Llegó la mañana,
la cruda realidad,
un rayo de luz por la ventana,
mi alma presa de ansiedad
con delgada sábana
¡Qué triste soledad!

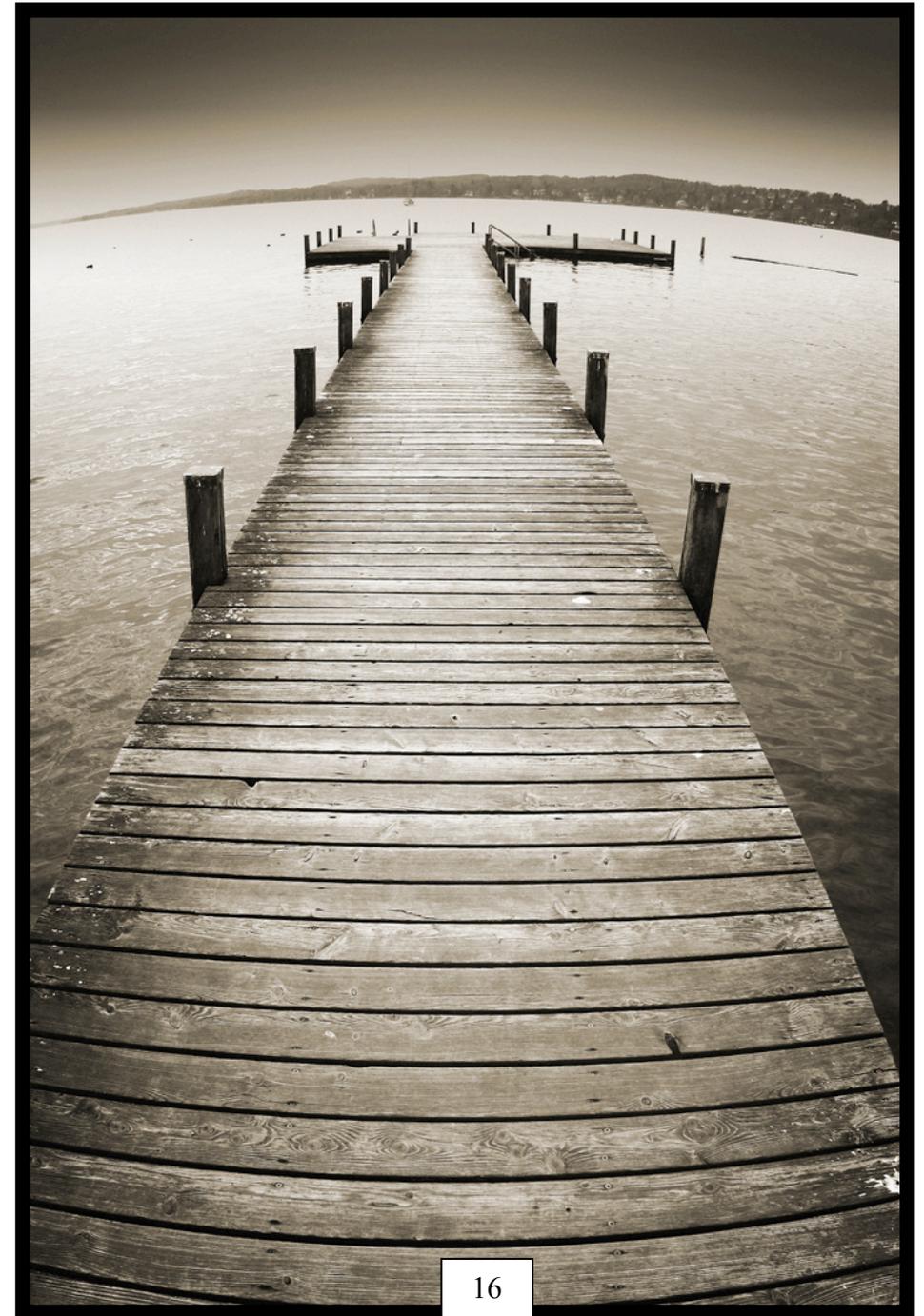
Letal rutina,
como el arma del delito
mata paso a paso lento, extermina.
Es encontrar al infinito
encerrado en muros de concreto,
enterrado como un esqueleto.

Me llegó su dulce recuerdo
también condenado.
¿Estará en buen recaudo
sin estar a mi lado?
¿Sangrará su costado
sin cura del olvidado?

Nunca había visto el cielo
en cuadro real,
de altos muros su marco,
su inmensidad sólo un ideal.
Es sueño comprimido y parco.
Es corona sin guardia real.

Busqué a mi alrededor
el tan ansiado horizonte,
pero es conmovedor
tener sólo de frente
un largo corredor
con líneas intermitentes.

De amor quise llenar mi estada,
donde el odio es omnipresente,
pero amor y odio viven en compañía
en este mundo demente.
Así que, caminé por mi abadía
erguido y de frente.



Quise llorar.
Me sentí huérfano,
pues, mi madre tierra
sepultada estaba bajo el acero
y el hormigón, que aterra
al más valeroso lucero.

II

Al fin encontré compañía:
Era un hombre menudo, pequeño,
palidez su agonía,
el terror era su dueño,
venía de quitar una vida
en venganza por su mujer de ensueño.

Al morir su amada
se entregó a la cruel bebida.
Lloró con lágrimas sobrepasadas,
sin rumbo y sin salida.
Lleno de odio por tal embestida
mató, sin distinción, una inocente vida.

Poseído por el alcohol,
su mente nublada y corroída
caminaba bajo el sol
con sed de venganza mórbida
y, al son de la sinrazón,
degolló, para él, su propia vida.

Encontró vanal descanso,
cobró con Ley del Talión,
robó respiro al manso
por tristeza y desilusión.
Como pastor sin remanso
marcada quedó su maldición.

¿Por qué un hombre mata
al inocente indefenso,
convirtiéndose en sucia rata,
poseído de profunda rabia, sin rezo
y sin distinción ataca
con sucia, envilecida lata, como beso?



A ella, por muerte natural,
el destino se la llevó.
No fue mano mortal,
Dios su vida apagó,
orden celestial,
su estrella se perdió.

¿Por qué no se despojó
de su propia vida?
Su mujer, su mejor antojo,
solitaria fue su partida.
Prefirió ser paria y en andrajos
dormir en celda fría y descolorida.

El horror reflejado en sus ojos
mirando atrás continuamente,
por miedo a sus enemigos
que, ya inmortales y en su mente,
lo azotaban con filosos espigos,
deseando para él la muerte.

Pena, pena su doble condena
entre los muertos vivientes,
con gruesas cadenas,
venenosas serpientes.
Pagará media condena
y la otra... cuando llegue su muerte.

Le arrebató a la muerte
el trabajo de quitar la vida,
vengando con ajena muerte
una vida inocente y desvalida.
Se le negó saborear la suerte
a cambio de libertad perdida.

Me alejé de él.
No merecía justa compasión,
no tendrá el Edén,
ni tampoco mi admiración,
creo caminará sin desdén
cabizbajo y en desolación.

III

No tardé mucho,
tuve de nuevo compañía:
era un hombre joven y larguirucho.
Me preguntó si de amores sabía;
¿si es de pesares? soy ducho,
contesté sin prisa pero con ansia.

Ansia de saber su relato.
Lo contó plácido pero desconsolado,
haciendo de ella casi un retrato:
joven, bella y muy enamorado,
sonrojado por su encanto,
era para él un ángel alado.

¿Por qué el hombre...
cuando lo aprietan las cadenas
le resuena su nombre,
su eco le devuelve sólo penas,
de lo más querido espera un sobre
para aliviar un poco su condena?

Ese era el motivo
por el cual lloraba,
privado de lo afectivo
esto sus huesos calaba
como viento frío, tempestivo,
vacío, sin esperanza estaba.

Ella, vencida,
lo abandonó a su suerte.
Él le envió una carta y otra carta
suplicando ¡no lo borre de su mente!,
pero, no encontrando respuesta,
lo dejó, herido de muerte.

Sus ojos en noble súplica,
en espera que un extraño
le aconseje en forma súbita
cómo enmendar, si hizo daño,
sus errores en forma épica,
como los semidioses de antaño.



No tuve ningún reparo
en brindarle algo de regocijo,
lo hice como el avaro
cuando, en préstamo fijo,
regala la luz de un faro
para recibir en billetes un fajo.

Le pedí su venia
para escribirle un poema.
De alegría por dentro gemía.
¡Oh! ¡Qué gran dilema!
Tal vez sería tardía,
como a la infección es la flema.

No hay cartero,
le reemplaza un carcelero.
No le teme al perro,
Pues, se volvió cordero
entre las barras de acero,
pidiendo clemencia, como pordiosero.

Cacería extrema
aquí pan diario.
Esperan debilidad con calma.
Luego, atacan como corsario
al que acostado en su cama
le hieren con enviado emisario.

Fumar reconforta su pena,
Su piel, ya languidecida,
envidia una calada.
Su mente, ya enloquecida,
Su causa, casi perdida,
y su colilla casi consumida.

El poema ya está enviado,
sólo queda esperar
que su ser amado
se conduela de su pesar
y regrese sin enfado,
queriendo con él volver a caminar.



Pasaron los días
pero, el infructuoso esfuerzo
no calentó sus manos frías.
Cada día más me convenzo
que por sus arterias
corre un mar denso
que ahoga y tapona sus vidas.

Es así el mundo externo,
padecen de poca memoria,
se las congela el invierno,
disfrutan algunos en sodomía,
olvidan al que está interno,
al que tanto se quería.

Ser proscrito
es como estar en el exilio.
Se les niega todo mérito,
se trunca una vida en idilio,
se le condena a un mundo indómito
y a desventura estar propicio.

IV

Ya caminaba contra reloj,
como todos, anhelando el pasado,
marchando y pidiendo en coro
nos devuelvan una pizca del todo
negado, por error y sin decoro
cometido, por ansia de amor y oro.

Busqué con la mirada
al ermitaño prisionero
que fuera de la manada,
como un misionero
con su alma congelada,
buscó oro y dinero.

Escuché su triste historia:
Siendo hombre de gloria,
su vida sólo conocía victoria,
todo rodaba como una noria
hasta que su prometida novia
se suicidó en su presencia.

Descubrió en él una vida doble,
llena de contradicciones.
Siendo fuerte como un roble,
disfrutaba sin inhibiciones
del privilegio de nobles,
de orgías escondidas por los rincones.

Queriendo ocultar sus debilidades,
ocultó también el cadáver.
Pudieron más sus vanidades
que cumplir sagrado deber,
pecado de altas sociedades
que el pueblo lego, no puede conocer.

Pero la suerte
lo abandonó.
Acusado de aquella muerte,
enterró el cuerpo, la tierra abonó;
pero tierra sabia y benevolente,
de sus entrañas rechazó.

¿Por qué el hombre afortunado
no quiere perder su fortuna,
no quiere ser destronado,
desea poseer la luna
con su poder, ocultar su pecado
sin levantar sospecha alguna?

El enterrador de amores,
los suyos y el ajeno,
fue enterrado sin flores
en tierra de acero y cemento,
donde la putrefacción es el perfume
del hombre en vida muerto.

Le negó a ella campo santo,
la condenó a gusanos impuros,
¡cómo será su espanto!
Su nicho con presos duros,
cobijado con delgado manto
y comiendo sus abonados frutos.



¿Por qué el hombre piensa en suicidio
agobiado por el todo perdido?
¿Querrá escapar de su martirio
con la mortaja del pecado
acompañado de un gran cirio?
Dios, castigo le tiene preparado.

Pasé mirandolo fijamente,
me apartó la vista,
siguió frío y distante.
Pensé: ¿Soñará con su perdida amatista?
Mejor soy prudente,
me alejé de aquel afortunado pesimista.

V

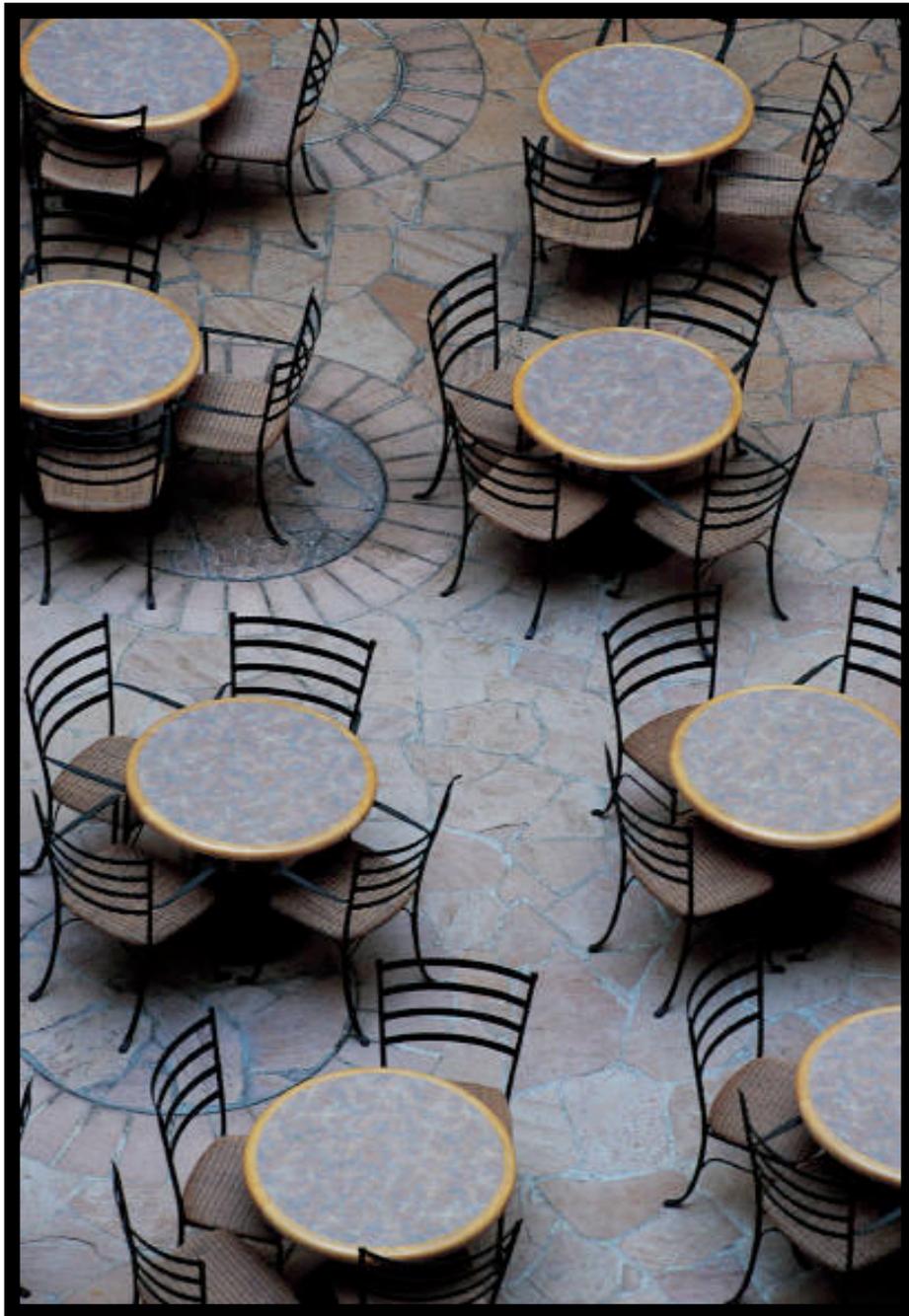
Conocí al Capellán,
hombre robusto y bonachón.
Las negras almas lo avasallan,
que las libre de esta maldición,
pero sus oraciones no callan
a tantas almas en pena y opresión.

Menester de la Iglesia
en terrenos dominados por el demonio.
No se libra de palabra necia,
limitado su tiempo y lugar de dominio,
poco gozamos de su presencia
pues, priman las leyes del impío.

¿Por qué el hombre religioso,
cuando la desgracia lo cubre,
suplica e implora al Todopoderoso
su oro convertido en cobre,
de acero recubierto y herrumbroso,
que le salve su alma pobre?

VI

Es hora de comer.
En fila para conteo riguroso.
Hay que dejarse ver
que no muerto, ni escape reo,
espantoso acontecer
pero imposible deseo.



¡Te vendo mi comida!,
escuché a mis espaldas.

Amarga infamia.

Sí, respuesta obligada
es partida perdida
o jugarse la vida.

Se sentó a mi lado
en espera de pago.

Le pregunté su pecado.

Mi interés en él fue halago.

Reclamó lo acordado
y sonriendo se alejó como relámpago

Alguien sentado a mi diestra,
-no me había percatado-,
pero tenía mirada siniestra.

¿A quién habrá robado, matado...?

Adivinar... fácil apuesta,
Su cicatriz lo había delatado.

Mercader, traficante y chulo,
en su historial lo ponía,
fue pillado escondiendo en zulo
lo ganado en forma bestia
que, sin escrúpulo,
lo gastaba sin modestia.

Reincidente en mil y una ocasiones.
Su amor: el hermoso delito.
Su trabajo: siempre en vacaciones.
Sus ojos: el mejor perito.
Su nariz: jefa de inspecciones,
y su boca, el mejor garito.

El pecado: su amor verdadero.
Su lema: robar riquezas y dinero,
Frecuentar prostíbulos y usureros,
no ser su propio cocinero,
traficar con bandoleros
y buscar, a cualquier costo, dinero.

¿Por qué el hombre ambicioso
pierde toda sensibilidad,
avasalla al débil y bondadoso?
En libertad está lleno de maldad.
En prisión cree ser todopoderoso,
pues territorio es su padre calabozo.

VII

Prisión,
lugar de paso para algunos,
lugar eterno para otros,
purgatorio para los pecados,
trabajo para jueces y abogados,
muerte para los vivos
y criadero de *malandrosos*.

¿Por qué el hombre cambia con el tiempo,
pero no así sus pecados?
Las prisiones, al mismo tiempo,
custodiadas por los mismos hermanos
de mazmorra, a limpios templos
adorando al diablo y a sus aliados.

Más gruesas sus cadenas,
más altos sus muros,
perfeccionando las penas
con castigos más sofisticados,
con jueces que fuman puros
y guardias bien dotados.

A cambio de años
y mejor comida,
a la mente le hacen más daño.
El agua ya purificada,
el pan menos duro que antaño,
aunque sangra igual la herida.

La religión es un derecho,
también el estudio,
saldrás andando derecho,
pretensión para el elogio.
Soy humano, antes fui helecho,
Estoy preso, pero tengo amor propio.



La muerte es más silenciosa,
patíbulo por cadena perpetua,
paredón por aguja venenosa,
guillotina por silla eléctrica con agua,
crucifixión por prisión dolorosa
cargando la cruz en la celda ardua.

¿Por qué el hombre mata
a sus hermanos “culpables”?
La Ley es escarlata,
Castiga según razones miserables,
leyes hechas por gente barata.
Sí, sólo Dios vida puede quitarles.

Existe el otro lado del encierro:
guardias humanos que son,
son parte de este entierro,
provistos de fuerte caparazón,
les pagan como obrero
por trabajo mísero, por definición.

No hay diferencia alguna
entre preso y carcelero,
el diablo de tentación también los vacuna.
De amores tienen penas y luceros,
aunque caminan sin restricción alguna
por los pasillos de la locura.

¿Por qué el hombre libre,
en prisión uno más condenado,
de sus miedos no está libre
tampoco del odio y el pecado?
Trabajo que para mí es horrible
pues, se confunde lo bueno con lo malogrado.

Violadores y chivatos
a vivir juntos están obligados.
Raza inmunda de placeres depravados.
Peligro tienen de ser descuartizados.
Ley de todos los presos:
Ensañamiento contra ellos sin reparos.

Existen todo tipo de amores,
también muchas aberraciones.
Por amor matan y regalan flores,
aman toda clase de desviaciones,
pero estupro no son amores,
es la peor de las maldiciones.

¿Por qué el hombre depravado
tiene mente malévola
de movimientos sigilosos, bien dotados?
Atacan como el cruel Ébola
violando, matando ángel dorado,
no merecen perdón, sólo sátira.

VIII

El tiempo sigue a paso lento,
sigue el vilo y el descontento.
Busco en sus caras y por dentro,
hallo un hombre que en tono violento
lanza miradas como viento de sotavento.
Es terrorista. Lo veo en sus adentros.



Amaba su tierra de forma extrema,
basado en teoría separatista
que excluye, y con odio se proclama
dueño y señor de tierra con riqueza provista.
Egoísmo y violencia es su lema
y atentados que desangran al pacifista.

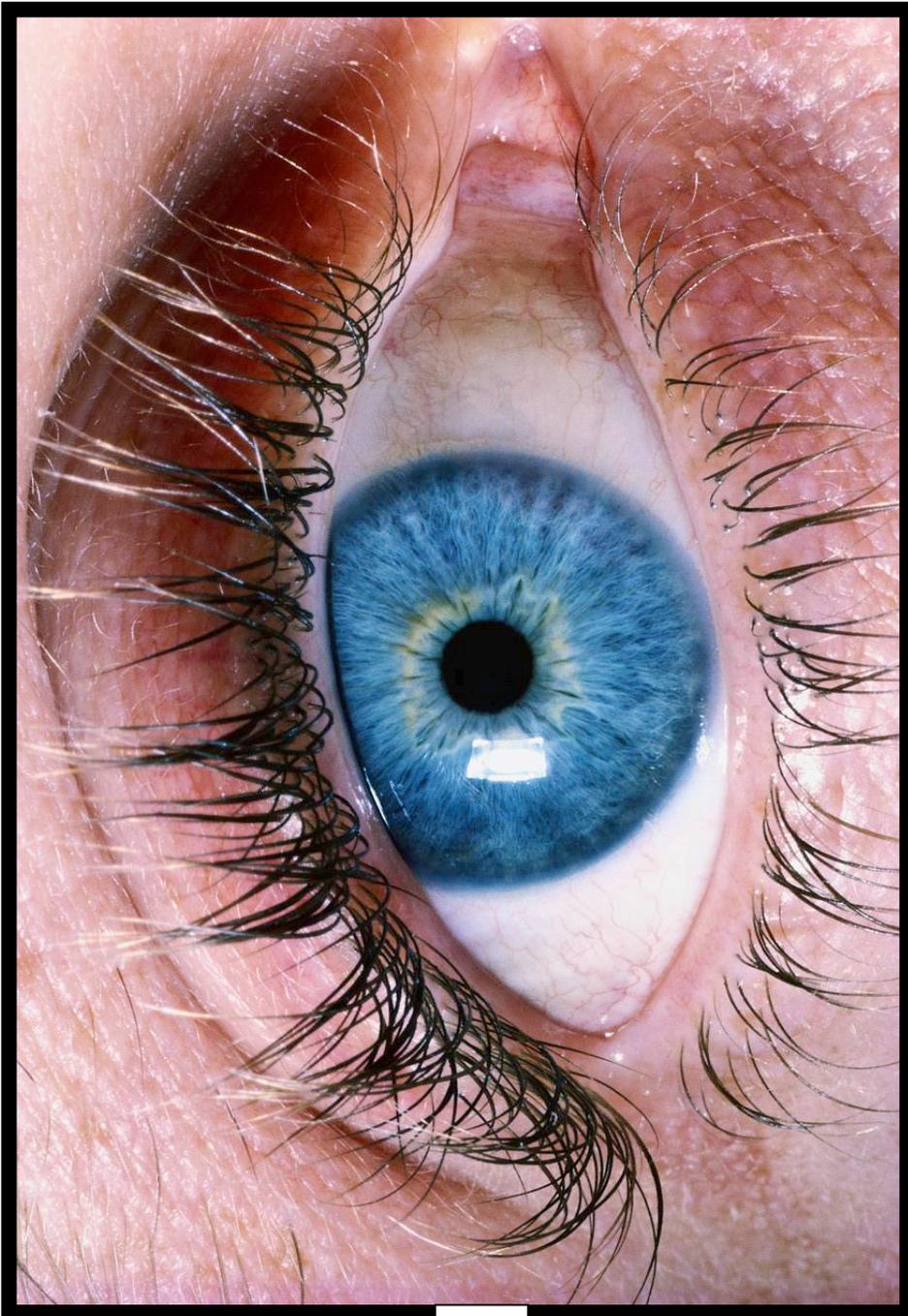
Hombre de edad media,
alto, de convicción extrema.
También soñaba con el amor a mediodía.
Enamorado estaba de una diadema:
era su fiel y hermosa guardia.
En su posición, un gran dilema.

Pudo más su amor por ella
que su vana lucha.
Comprendió que su querella
era pequeña ducha
ante lluvia de estrellas,
y amó a su enemiga.

¡Traidor!, gritaban sus camaradas.
Expulsado fue de sus filas.
Víctima de acusadoras miradas,
fueron sus armas cambiadas por velas,
sus causas por caricias doradas
y con su enemigo compartiendo tierras.

Amor, buque insignia de paz,
poseer tan preciado sentimiento
digna valentía, es capaz
de cambiar sentimientos
de guerra y ambición voraz
por el beso tierno del enamoramiento.

¿Por qué el hombre enamorado,
sin más armas que su corazón,
vence al más bien armado?
Camina libre y sin preocupación,
los muros y cadena sirven de excusado,
y ante la adversidad nunca será doblegado.



Su mirada fue de frío intenso,
deseando ser interpretada,
como cuando el violento dice al manso
que la tregua ya está firmada,
sólo falta que su remanso
escuche su voz callada.

Comprendí su reclamo:
el diálogo, una vía pacífica,
deja crecer al soñador álamo
en tierra de guerra fatídica,
hierba en el más frío páramo
y el amor en el hombre, que dignifica.

IX

Cuando llega la eterna noche,
Morfeo se esconde con burlesca sonrisa,
cruza sus brazos en forma de broche
para que tiempo no tenga prisa,
mi cielo negado fetiche
y mi luna tierra caliza.

Prisión son estos dos mundos,
sol para todos y cada uno,
noche y día testigos mudos.
Historiadores del hombre en lo profundo,
Jueces verdaderos, constantes y rudos,
Que sin egoísmo castigan al todo

Convertidos en meses, luego en años,
puntuales, exactos y sin rebaja,
no dejan de saltar ningún peldaño,
pasando a ser el tiempo y con su navaja
envejecen, te hacen verdadero daño,
sin distinciones ni privilegios, pequeño.

Cronos, director general
de este mundo prisionero,
años para él, grano en arenal
pagarán tus herederos
porque ya estaremos en cal,
ya serán diferentes bandoleros.

¿Por qué el hombre mortal
da cadena perpetua
mientras carcelero tiempo cose con dedal,
fabrica mortuorio traje, sin tregua
a su medida para el juicio final
por su pecadora lengua?

X

Al amanecer, fue roto el silencio
por gritos en idioma desconocido,
fuertes golpes en tono recio,
como animal furioso y enjaulado,
gritos dolorosos y necios,
y mi corazón penoso y congelado.

Esperé conocerlo con ansia loca.
Tez morena, era extranjero.
Emigró de tierra hermosa y lírica
buscando mejor vida, sueño lisonjero,
riqueza material toca,
perdiendo la espiritual, verdadero tesoro.

Conoció el amor rápidamente
la soledad en tierra ajena, frecuente
la religión y costumbres diferentes,
pero, amor igual en toda la gente...
ser en estos temas muy prudentes,
no todos rezamos hacia poniente.

Gozaban del sexo, libido potente,
nueve meses, se rompió la fuente.
Familias opuestas a tal amor impropio,
Paganos eran ambas partes,
Su descendiente de tal herejía inocente,
su epifanía decisión trascendente.

Él, en fatal decisión,
quiso llevarse a su hijo
para que abrazara su religión.
Ella con su bebé, dándole cobijo,
huye llena de desesperación,
pero de frío metal sangraba fijo.



Con el bebé entre sus brazos
yacía moribunda, aferrada a su retoño.
Él lo arrebató de su regazo,
gritos y lloros del pequeño,
su padre no esgrimía ningún sollozo
ante dantesco drama nada halagüeño.

¿Por qué el hombre cegado
por el velo de lo extremo
no razona, y pierde el sentido
en sacrificio impuesto por ser supremo,
en mala interpretación de su significado,
y lo traduce en antojo de sí mismo?

Si hay un solo Dios,
también un solo amor.
Lo saben los hombres sabios,
o ignorantes que por temor
a la verdad son necios,
y no lo aceptan con honor.

En su presurosa huida
accidente fatal causó:
su hijo, la vida perdida,
él completamente ileso.
Sólo le quedó su otoñal partida
en su puño vacío y preso.

Respetando creencias,
costumbres y tradiciones,
razas y vivencias,
¿qué culpa tienen los corazones
y todas estas consabidas diferencias
por el amor puro y sus pasiones?

¡Qué frío, qué dolor siento!
Mis lágrimas son para ellos.
Tanta sangre derramada que lamento,
usarla quisiera para regar corazones religiosos,
que sus cruzadas sean benevolente sentimiento
y den fruto de amores bondadosos.



¿Por qué el hombre sordo
del amor enjugado en odio
basado en religión por herencia implantado,
no reflexiona y separa como honor
exigencias basadas en pundonor,
y escucha su voz interior sagrada?

XI

Apesadumbrado estoy frente al espejo
y veo a mi propio yo,
lo vi angustiado, pesaroso y perplejo,
conmigo quería hablar ese plebeyo,
era para mí un extraño en su reflejo,
no era joven, ni de negro cabello.

Pues, sus canas eran de frondoso blanco,
con golfos profundos en su cabeza,
su mirada marchita como agua en estanco,
piel arrugada por los años y su paliza,
manos de Parkinson, color estaño
y cuerpo curvado y perdido firmeza.

¿Por qué el hombre olvidado,
preso, viejo, curvado y corroído,
todo signo de brío perdido
recuerda su pasado?

Solo, triste y angustiado,
porque saboreó lo prohibido
su mente lo engaña con el olvido
queriendo volver a ser nacido.

Para enmendar sus errores,
convertidos en pecados
por equivocadas leyes,
espera que el Rey de reyes
le niegue a sus hijos sus pesares,
lo aleje de sus enemigos y maldades
y lo guíe hacia eternas verdades

En aquel reflejo no estaba solo.
A mi espalda todos mis personajes
de esta canción de amor y demonios
que, en bíblico coro y sus pasajes,
me clavaban sus cuchillos uno a uno
por ser testigo de sus pesares.

Al mismo tiempo, un guardia presuroso,
boleta en mano de ansiada libertad,
mi nombre escuché entre sollozos.
Tarde era ya, muerto y en soledad.
Al nacer metido -en mundo calabozo-,
de nombre -prisionero-, y delito, -la vida-,
perdí mi libertad por humana impiedad.

Nací con los pies por delante,
premonición fatídica
de futuro errante, látigo flagrante,
senderos oscuros de vida cínica.
Muerto salgo igual, pies por delante,
así llevé mi vida y mi túnica.

Adiós, mi querido Pascual,
profesor bueno y letrado,
te espero en mi funeral,
vestido y bien acicalado.
Tardío tesoro encontrado,
mi benefactor especial,
espíritu soñador, maestro abnegado,
gracias por haberme librado
con tu verbo genial.

¡Aquí estoy!
Sentado a la diestra,
haciendo de abogado,
para que el penado de vida siniestra
al amor le cante en coro sagrado,
y que el demonio pecado
sea juzgado en la palestra
de vuestro falso mundo,
maldadoso, prisionero y en fiesta,
y con su corazón destrozado.

¿Por qué el hombre tiene miedo
del juez justiciero
si aquí en el Cielo
existe la eternidad?

Si sus pecados en misma vara,
con ventaja y sin injusticia
serán medidos.
Los llamará para cuentas claras
de su veredicto que con malicia
dieron cadena perpetua.



Veredictos que son mínima condena
Poque son penas de este mundo.

Si su pena espiritual
será eterna cuando muera,
es para todos en general:
presos, carceleros, jueces y el resto.
Vuestros espíritus son eternos,
no los hagáis prisioneros
del pecado, odios, venganzas, muertes...,
porque eternas serán vuestras condenas,
y de libertad no tendréis la suerte.

Ahora, ya entiendo
por qué los presos
miran al cielo envidiando
las aves en su vuelo.

En uve al emigrar,
su vuelo es uniforme,
contando que libertad
se escribe con uve,
uve de viento
de verdad sin lamento.

Encerrado lamento,
frenando su vuelo
y el paso del viento.

Ahora, ya entiendo
por qué la uve en su vuelo,
por qué negro es el velo,
por qué la uve
de mis venas
que sangran por mis penas.

Por qué la uve de vientre,
que a la libertad y a la vida
les abre una salida.

Por qué el alma es libre
y sólo te abandona
cuando mueres.

Te regala compañía
a lo largo de tu vida,
y te llena con la uve
de valentía.

Ahora, ya entiendo
por qué las lágrimas
se vierten en uve,
por qué cuando brotan
es llanto vacío
de cocodrilo y muerte.

Por qué la uve de vida,
de virtud, de victoria,
de amor al venerarte,
de venerar al amarte.

“LIVERTAD” quiero verte,
Vuela con el Viento,
con el aVe y su Vientre,
siendo *“liVres”* en su Vuelo
me regalaron en Vida
lo que pagué con mi muerte.

DIEGO HERRERA GARCÍA nació en Pereira (Colombia), el 24 de noviembre de 1965. De familia humilde, madre maravillosa, padre inteligente y bohemio, fui criado como la gran mayoría en una sociedad machista y rigurosa. Mi madre campesina emigró a la ciudad por su anhelo de buscar un mejor futuro, lejos de un padre que la quería retener en el hogar, privada de oportunidad alguna.

Heredé de mi padre, aunque no el amor de padre, si un amor por la poesía, aunque nunca tuve la dicha de leer ninguno de sus poemas. Crecí como todos, mi luchadora madre se esmeró mucho en darnos estudios. Éramos 9 hermanos, quedando yo el menor cuando el menor de mis hermanos falleció. Estudié en el Colegio Público “Deogracias Cardona”, viajé a los Estados Unidos, viví 10 años allí –o algo más-, tuve un hijo y luego fui deportado a Colombia. Un año después, emigré a España, conocí a mi hermosa mujer, Luz Ángela Taborda Méndez, y tuve un hijo primero -Felipe- que me llenó de alegría, y otro más, -Juan David-, a quien quiero mucho y extraño además. Hoy el recuerdo especial es para mi madre y para mi hermana Consuelo Herrera, que ha sido una segunda madre para todos sus hermanos.

